

EL SABOR DE LA TIERRA

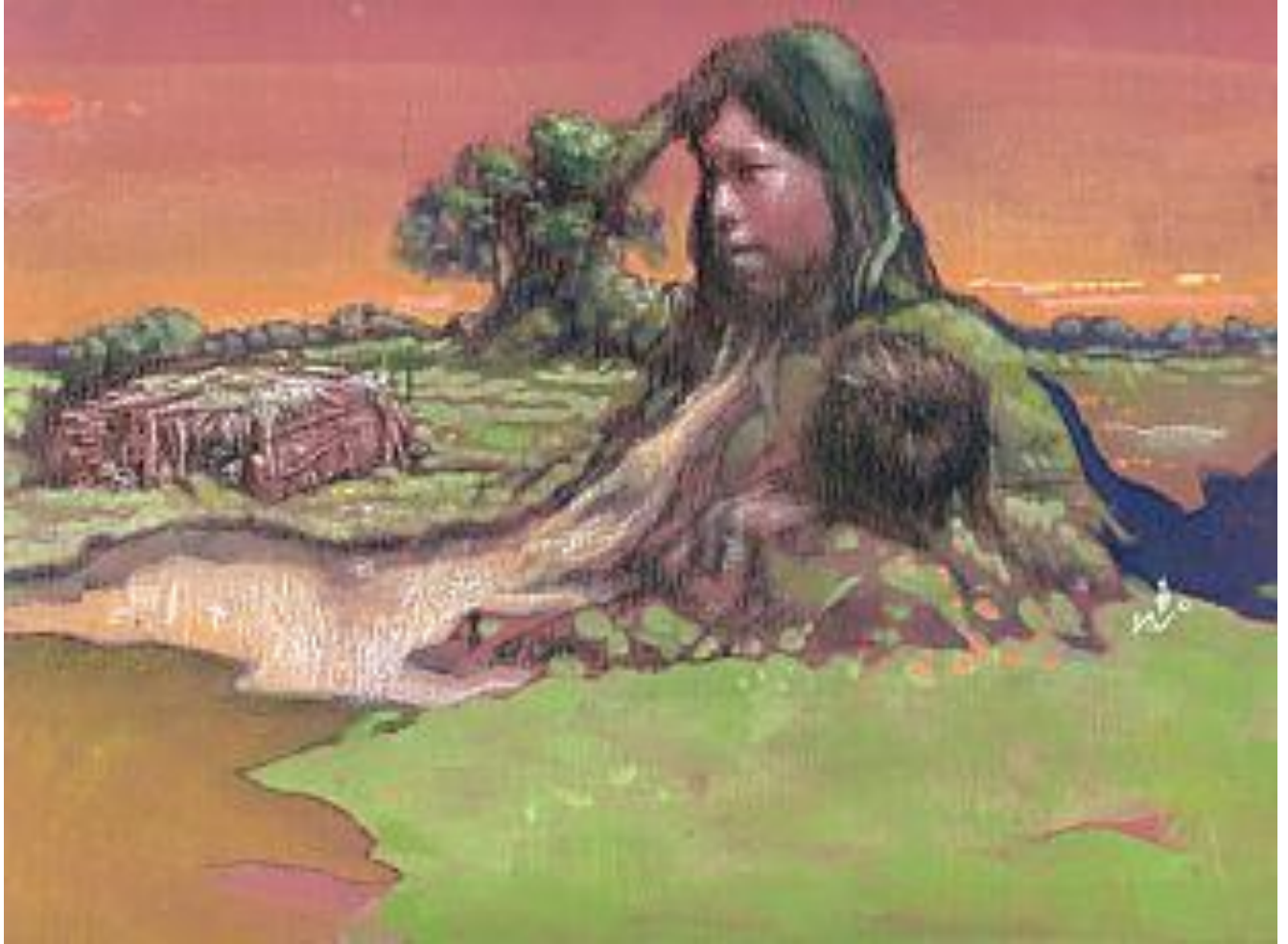
Por Juan Carlos Cena especial para Arte y Cultura

9 de mayo del 2025

La Tierra

*La tierra que lograste y medio muerto la custodiaste
despertando cada día... con esa tierra, juntarás tu vida
he irás por ella al trabajo, a la fiesta, y a la muerte.*

Vladimir Maiakovski **(1893-1930)**



Madre tierra

El tema del trabajo era un latiguillo que presidía la mesa cuando se almorzaba o cenaba en mi casa. Ritual con horario establecido, rígido. Al pasar el coche motor a pitazo limpio, que venía de la estación Alta Córdoba camino a Unquillo, marcaba la hora. Era la hora. En cinco minutos aparecería mi viejo por la galería, llegaba de su faena ferroviaria. Cumplía la primera mitad de su labor. El pitazo del coche motor marcaba tiempos en todo Guiñazú. El anuncio alertaba a las mujeres de ferroviarios que ellos regresaban. Perros, hijos y madres se aprestaban al recibimiento cotidiano. El negro Tom, nuestro perro, se iba desperezando, se arrimaba al portón, despacio, a recibir al viejo. Al entrar este lo acariciaba, le hablaba al oído.

Qué le decía y qué entendía el negro Tom, nunca lo supimos. Sabíamos que se comunicaban. El rostro de mi viejo era otro y la cola del Tom un ventilador. Era una cuestión entre ellos.

Mi vieja lo esperaba con la palangana con agua y un jarrón con más agua para enjuagarse. Agua de lluvia, sacada del aljibe que se recolectada en tiempos lluviosos. Todo un rito. Se sentaba el Porfirio en la punta de la mesa, luego nosotros, bajo una galería larga y fresca. En invierno, en el comedor. Eran modos de comportamiento y costumbres que se repetían todos los días. Se comía lo que se servía. Primero, la sopa y en silencio. Nada que no me gusta.

Por esos tiempos estábamos de vacaciones. Los tres hermanos rodeando la mesa. El Porfirio, mi viejo y su muletilla: el trabajo y la vagancia. Tema que lo obsesionaba. A pesar de que estábamos fuera del ciclo escolar había que trabajar. No admitía vagos en la mesa. En esas condiciones era el único candidato. Tenía 12 años. Pero así eran las cosas. Cosa de hombres, bueno, hombrecito... de las mujeres ni hablar...

Todas las vacaciones, partía a trabajar a las fincas. A la cosecha de los primeros damascos, a desyugar zanahorias, luego al durazno, y así. La novedad de comer el primer damasco o el primer durazno y los desarreglos estomacales: fruta verde caliente. No importaba, se sabía eso del desarreglo del vientre y las corridas. Las corridas en busca de un yuyal, y los gritos de los otros. Eso sí, ni se te ocurra orinar un árbol. Ya sea tano o gallego te penaban si te veían. Al árbol no se lo orina, se lo riega. No somos perros que levantan la pata...

Trabajar en las fincas era un placer enorme. Mañanas frescas y aromadas por las frutas o los coliflores hediondas.

Desde la mañana bien temprano, casi clareando montaba en mi bicicleta, a medio desayunar, rumbeaba a alguna finca. A veces a las chacras de los gallegos Giménez. Eran varios hermanos. Algunos compañeros de la escuela. Al llegar un tazón de mate cocido con leche nos esperaba, manteca y pan casero, luego al galpón donde estaban las herramientas, otros al corral a colocarle los arneses a los caballos para arar, otros a las tomas de agua para abrir las compuertas y direccionarlas para el riego de algún paño que nos indicaban, ya sea de acelga, repollos, lechuga, coliflor, y así con las tareas. Nunca eran las mismas. Otros íbamos a los almácigos, había que atender los plantines que después debíamos trasplantar a los surcos.

Al mediodía comíamos todos juntos, los chacareros con sus hijos y nosotros. De nuevo, otra vez, el primer plato sopa. El metejón de la sopa y el verso del crecimiento... Luego, una siesta en el galpón tirado sobre un fardo o algo mullido.

Terminado el descanso, a trabajar hasta el atardecer. No había apuros por el retorno. Nos bañábamos en las lagunas artificiales de algunos finqueros. Desnudos, a los gritos, cansados, jugando a quien orinaba más lejos, felices, éramos la naturaleza... así eran nuestras vidas en ese Guiñazú lejano en el tiempo.

Me tocó una temporada concurrir a la finca de los Papalini. Cosechaban y preparaban la tierra. Eran tres hermanos. Me convocaron sus hijos, amigos entrañables, la Toti y la Chola, las hermanas, sembradoras y cosechadoras durante la semana, hermosas y esbeltas el sábado o el domingo cuando iban a bailar, podía ser al Club Villa Gran Parque o al mismo Guiñazú. Lo mismo que las otras "gringas" de las otras fincas. No era un extraño por esos lugares. Era uno de ellos.

El trabajo era que había que arar un paño grande rodeado de durazneros y damascos. Se preparaba la tierra para luego sembrar. Eran tiempos de siembra para algunas verduras. El Gringo Papalini, el dueño de la finca, me llevaba con él a arar. Me daba las instrucciones. Que me encargara de los animales para engancharlos al arado. Eran dos percherones inmensos, así que despacio les colocaba los arneses, terminado los llevaba al paso hasta la franja a arar. El gringo verificaba el montaje y ajuste de los arneses, después los atábamos al arado. El Gringo conducía y orientaba el arado para que el surco sea recto y profundo. De costado, arriaba a los caballos. Mansos y obedientes.

A la instrucción del Gringo arrié a los caballos. Iba a un costado llevando las riendas con la mirada en el arado y a las instrucciones del Gringo, de reajo y observando a los mansos percherones.

Los percherones no eran ariscos

Entre las tareas, que tenía en la finca, estaba la de darle agua, comida y que pastaran los caballos. Además, por mi parte, tenía la faena de rasquetearlos, es decir, los limpiaba de la tierra y el barro acumulado mientras trabajaban en los surcos de la tierra.

Eran ariscos, no se dejaban toquetear o lavar por otros. Conmigo tenían otra relación. Me provocaban empujándome con sus hocicos, como si estuvieran enojados. Los retaba y ellos relinchaban. Yo amagaba correrlos y ellos simulaban hacerse los malos, era todo un juego.

Los dueños asombrados observaban como los lavaba, les daba de comer, bebían agua y hasta, como un reto, les daba un chirlo en la sien de sus cabezotas. Su respuesta era un pequeño relincho. Y la relación seguía de esa forma, la mezcla de cariño y el juego que compartíamos.

¡Qué Recuerdo!

Se aró el primer surco, luego el segundo y continuamos. En un momento me llamó la atención que el Gringo miraba para arriba como buscando algo, luego fijaba la mirada en el surco a medida que el arado partía en dos a la tierra. A pesar de ello, yo no quería distraer del arreo de los caballos.

De repente, el Gringo dio un grito, el de parar. Paré. El largó las asas del arado, fijó la vista en el cielo, luego se agachó. Tomó un terrón, lo deshizo en su mano **Olió la tierra**, y en un mismo movimiento se la llevó a la boca. Mordió un trozo, lo saboreó y escupió. Se enjuagó la boca con el agua contenida en una bolsa que colgaba en una de las asas del arado. Miró de nuevo al cielo. Ni una sola gaviota de campo. Fijo la mirada en los terrones, ni un gusano. Tomó una y otra vez terrones y los saboreó y, al último lo estrelló contra el suelo.

- Con razón no hay gaviotas, si no hay lombrices ni gusanos ni larvas en los terrones. La tierra está pobre, desabrida, insulsa.

Respiró profundo y se dijo como un reproche:

-Yo tengo la culpa, la descuidé, no la alimenté, abusé de ella... y se golpeaba la cabeza como castigándose, una y otra vez.

Volvió a probar la tierra, confirmaba que la tierra estaba pobre. Se reclamaba con un regaño fuerte que él era el único culpable, que no la había cuidado. Caminaba de un lado al otro, movía sus largos brazos como aspas, pateaba los terrones yermos...

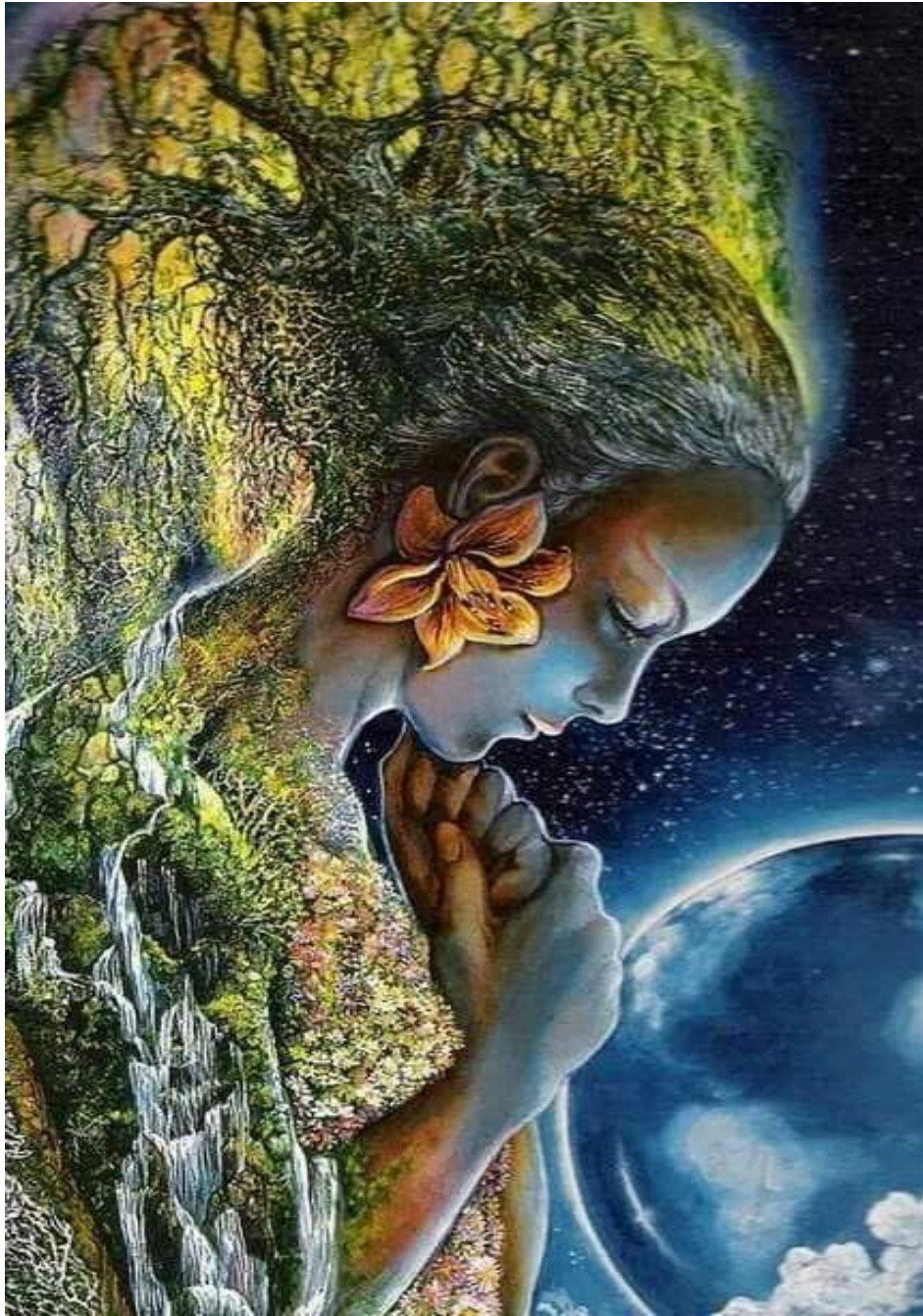
Yo, mientras tanto, con las riendas en las manos contemplaba al Gringo. Nunca había visto masticar la tierra y saborearla. Nunca había presenciado

que un chacarero le hablara así a la tierra, que le pidiera disculpas. Le hablaba como contestando los reclamos de la tierra, asombrada por tanto desamparo. Le hablaba como si fuera su madre. Yo, atónito, no me perdía la escena.

Los caballos quietos, movían sus orejas como radares, movían sus colas plumereando los aires de moscas y moscones, escuchaban conmigo la voz del Gringo en otro tono.

Nunca lo habíamos escuchado en esas entonaciones, afirmó, ni los caballos ni yo.

LA TIERRA MADRE DURMIENDO - GESTANDO



Era como un drama, en otro escenario, con otros actores. El hombre y la tierra. Significaba toda una realidad no fácil de explicar. Una verdadera pintura, donde el hombre no le echaba la culpa a la fatalidad, era él, solo él el culpable de la pobreza de la tierra. Estaba casi baldía, infecunda. Esa tierra que había sido generosa se quejaba frente al hombre que la había

utilizado sin alimentarla. Reaccionaba mostrándose estéril. La había usado y explotado sin compasión y exigido sin contemplación. Hoy le respondía a través de la naturaleza.

Es que él siempre pensaba y lo decía: ***el hombre es tierra que trajina, que transita, que trabaja... entre otras cosas.***

La tierra durmiendo







Luego de un incontable rato, el gringo Papalini se fijó en mí. Solo dijo con tono dulce: desengancha a los animales, dale agua y pastura. Por hoy, ya está, y por un largo tiempo a esta tierra no se la toca, dijo en un tono raro, culposo y se quedó con la mirada fija en los surcos.

Desaté a los percherones y cumplí con el mandato.

Al otro día, grandes montículos de guano rodeaban el lote de tierra. El gringo lo esparcía y le hablaba a la tierra palada tras palada. Le pedía

indulgencia, y le agradecía, una y otra vez... y se maldecía por sus ingratitudes.

El sabor de la tierra le revelaba su esterilidad, pero lo más duro fue que el egoísmo se desnudaba, quedaba a la intemperie. Todo se descubijaba.

En ese momento el gringo se veía desnudo, con el alma al fresco. Se despreciaba como nunca. **El sabor de la tierra** lo había desarropado. Nunca nadie antes, solo la tierra lo había zamarreado. Como si la madre de uno protestara por la ingratitud del hijo, a quien le dio de comer sin pedir nada...

Desde ese día, aunque casi niño camino a la adolescencia, aprendí que el campesino, el chacarero, aparcerero, siente y ama la tierra, la defiende como nadie. No como si fuera una propiedad privada, no, el campesino se siente tierra. Él, es tierra que camina. No entender la sensación y la relación de pertenencia que siente el hombre de campo por la tierra, es no entender a la madre que lo parió.

El Gringo la había descuidado y la tierra se lo hizo recordar, con dureza... es que él, reitero, simplemente es tierra que camina.

Por ello, para concluir esta historia real... terminamos con este poema de Armando Tejada Gómez.

La tierra estaba de antes, señor.

*(...) Yo he visto la noche sobre el campo, su condición de estrella,
su silencio pesado*

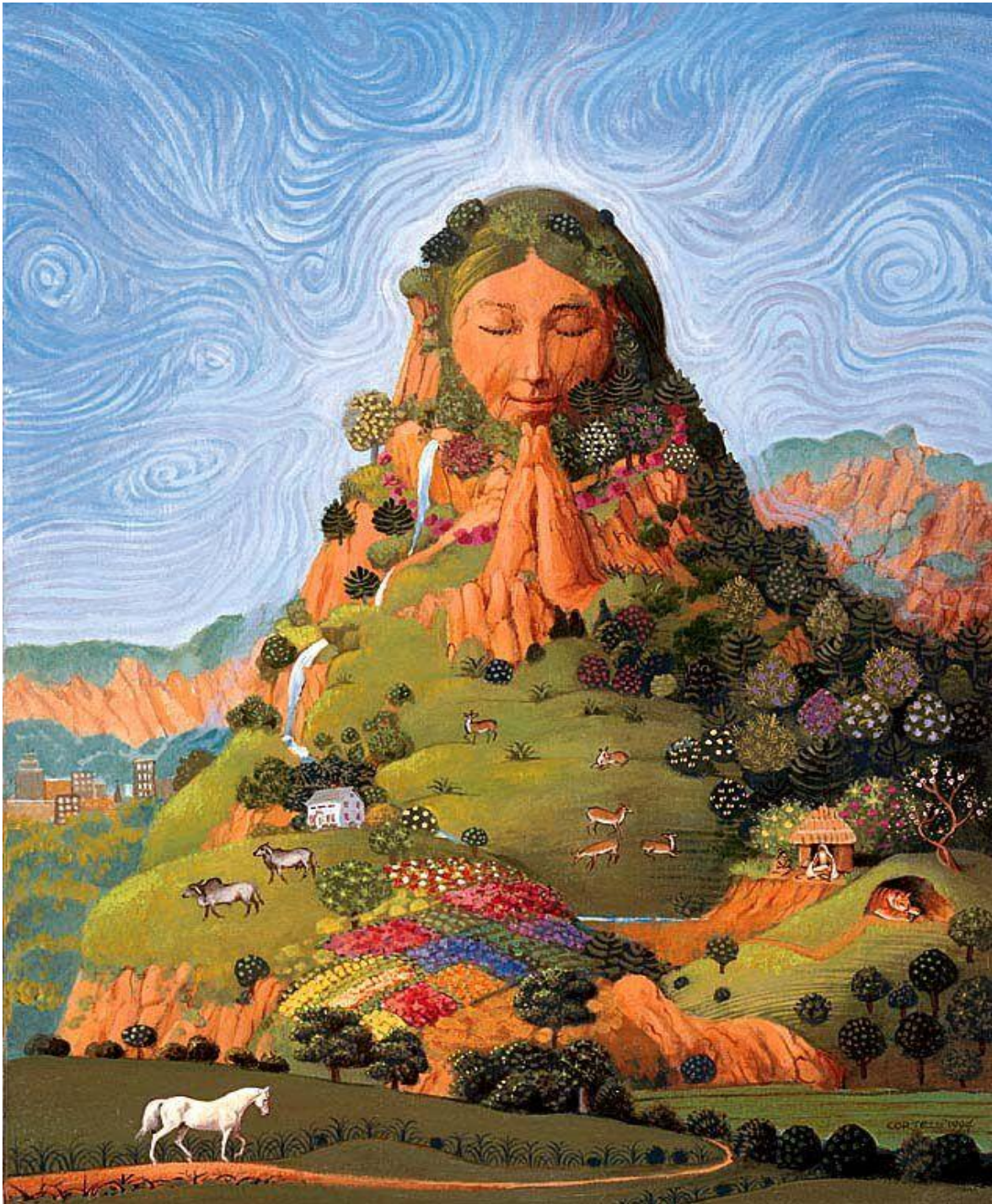
*y digo que no es cierto que puedan alquilarla,
que le alambren el torso, que le vendan la espalda,
porque la tierra entera pertenece a la noche,
al universo entero, al sudor de la azada
que mueve la fatiga campesina del mundo,
la voluntad labriega como una enorme pala.*

*(...) Digo que este mensaje debe saberlo América,
que no solo nosotros,
que cada uno lo sepa,
porque hay un continente de tierra sometida,
gordos concesionarios,
carbón comprometido,
hay zonas donde el hambre tutea a la agonía
y esclavitud de estaño
y cobre de miseria,
hay trigo condenado a precios siniestros,
petróleo al que amenazan su primavera negra,
naranjas exportadas con todo el sol a costas,
hay niños que no encuentran al hombre,
caen antes,
se van, sonrisa abajo, muerte abajo,
se pierden entre lo destituido que cae y se disgrega.
Que no solo nosotros.
Que cada uno lo sepa. (...)
La tierra estaba de antes, señor.*

Fragmentos de "Antiguo Labrador"
de Armando Tejada Gómez.

- Paño: Es el surco de tierra por donde va el arado, roturando la tierra.

MADRE TIERRA



Imágenes: Instagram y Urgente 24.

Producción periodística: ELGB.

Derechos de Autor: / RL-2024-75151893-APN-DNDA#MJ / RL-2024-75153819-APN-DNDA#MJ